

mera acerca de la vida; y estos pensamientos no se apartaban ya de él y le transtornaban el alma cada vez más. Propusieronle una colocación que llevaba consigo buenos emolumentos; Mitia la rechazó y decidió comprar con lo que poseía una propiedad, casarse y, en la medida de sus fuerzas, servir al pueblo.

XIX

Así lo hizo. Pero, antes, fué a ver a su padre, con quien estaba en mala armonía por causa de una nueva familia que este había fundado. Resolvió hacer las paces con él, y así lo realizó. Extrañado, el padre empezó por burlarse de él, y luego dejó de burlarse, recordando varias ocasiones en que había sido culpable para con su hijo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO

DESPUÉS DEL BAILE

(RELATO)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO



Décise! que un hombre no puede comprender por sí mismo lo bueno y lo malo; que todo depende del medio; que el medio forma el hombre... Pues yo opino que todo se debe a la casualidad... Mirad, voy a contaros una cosa que me ha sucedido...

Así hablaba el muy respetado Ivan Vassilievitch, tras una conversación cuyo tema era la necesidad que hay, para el perfeccionamiento individual, de variar ante todo las condiciones en que los hombres viven.

A decir verdad, ninguno de nosotros pretendía que no pueda uno discernir por sí solo lo que está bien de lo que está mal; pero Ivan Vassilievitch acostumbraba responder a sus mismos pen-

samientos, sugeridos por la conversación, y, con tal motivo, solía referir los episodios de su propia existencia. Frecuentemente olvidaba del todo el punto de partida y dejábase arrastrar por el relato, tanto más cuanto que recitaba con gran sinceridad y verdad.

Lo mismo acaeció en esta ocasión.

—Os hablaré con arreglo a mi propia experiencia. He padecido toda la vida la influencia, no del medio, sino de algo muy distinto.

—¿Por qué, pues?—preguntamos.

—Larga historia es, y, para entenderla, hay que contarla extensamente.

—Cuéntela.

Ivan Vassilievitch reflexionó; luego, movió la cabeza.

—Sí—dijo,—toda mi vida ha tomado muy diferente orientación a causa de una noche o, más bien, de una mañana.

—¿Pero qué le sucedió?—preguntó uno de nosotros.

—Sucedíome que me enamoré sobremanera. Varias veces había estado enamorado; pero era el de que hablo, amor mucho más intenso... Ya es cosa vieja... Ahora tiene ella dos hijas casadas... Era la señorita de B... (Ivan Vassilievitch pronunció el apellido). Todavía es bella, a los cincuenta años; pero, cuando joven, a los diez y ocho, era encantadora: esbelta, elegante, graciosa, ma-

jestuosa. Manteníase siempre muy tiesa, como si no pudiera estar de otro modo, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás... Actitud que, con su belleza y elevada estatura y no obstante su delgadez, dábale una presencia real que, a no ser por su acariciadora sonrisa, hubiera mantenido a todo el mundo a distancia. Siempre alegre, con ojos brillantes, seductores, toda su joven persona era encantadora.

—¡Oh! ¡oh! ¡Qué bien describe Ivan Vassilievitch!

—Por mucho que uno se afane en la descripción, todo cuanto pudiere decirse no daría idea de lo que era ella... Mas no se trata de eso. Lo que voy a contar remonta a la década de los años 40. En aquel tiempo estudiaba yo en una universidad de provincia. No sé si sería cosa buena o mala; pero es el caso que en mi época no había en nuestra Universidad círculos ni teorías de ninguna clase. Éramos simplemente jóvenes, y como la juventud vivíamos: estudiábamos y nos recreábamos. Era yo muy alegre, muy vivo y, además, rico. Tenía buen porte; iba con señoritas a las montañas rusas (aun no estaba en boga en patinar), y me divertía con mis compañeros. En aquella época, nada bebíamos, a no ser *champaña*; cuando no estaba a nuestro alcance este vino,

no tomábamos bebida alguna, y nunca se consumía aguardiente, como hoy se usa. Mi mejor diversión eran los bailes y veladas. Yo bailaba bien, y no era feo...

—No se haga usted el modesto— interrumpió una señora.—Conocemos su retrato daguerreotipo. No debe decir que no era feo, sino que era guapísimo.

—¡Bueno, guapísimo, admitámoslo! Mas eso no hace al caso. En aquel período en que mi amor por ella llegaba al colmo, asistí, el último día de Carnaval, al baile dado por el Mariscal de la nobleza, anciano amabilísimo, rico, hospitalario y chambelán de la corte. Su esposa, dama muy correcta, recibía. Llevaba ésta un vestido de terciopelo; en la frente, una diadema de brillantes; sus hombros y pecho de mujer madura, gruesos y blancos, estaban descotados como los retratos de la emperatriz Isabel Petrovna. Era maravilloso el baile. En espléndido salón, había coros y la entonces célebre orquesta formada por los siervos de un propietario aficionado a la música; un ambigú impresionante, con un torrente de *champaña*. Aunque entusiasta de ese vino, no lo probé, porque, aun sin beber, estaba yo ebrio... ebrio de amor. En desquite, bailé valsés y polcas hasta más no poder; por supuesto que todo lo a menudo posible lo hice con Varenka. Ésta lucía traje blan-

co con cinturón rosado; guantes de cabritilla del mismo color que el vestido, los cuales le llegaban hasta el codo, puntiagudo y flaco, y calzaba zapatitos de raso, blancos también.

El antipático ingeniero Anissimoff me birló la mazurca. Aun no se lo perdono. Así que hubo llegado Varenka, la invitó para ese baile, en tanto que yo me entretenía un poco en la peluquería, adonde había ido para comprar guantes. De modo que la mazurca no la bailé con ella, sino con una joven alemana con quien en otro tiempo tuve un amago de galanteo. Mas creo que fuí poco correcto con ella aquella noche: no la hablaba, no la miraba; sólo veía el esbelto talle de Varenka, su traje blanco con cinturón de color de rosa, su rostro animado, con hoyuelos, y sus ojos hechiceros y cariñosos. No era yo el único en admirarla: todos, hombres y mujeres, a pesar de que ella eclipsaba a todas, contemplábanla y la admiraban también. Y no se podía por menos de admirarla. Materialmente, no fué con ella con quien bailé la mazurca; pero, en realidad, casi todo el tiempo bailé con ella. Varenka venía derecha a mí, atravesando sin turbarse todo el salón; yo me llegaba a ella sin esperar a ser invitado, y dábame ella las gracias con una sonrisa de inteligencia. Al conducirnos ante

ella, y cuando, sin sospechar mi calidad, tuvo que alargar la mano a la otra pareja, encogió los delgados hombros y me sonrió, a guisa de pesar y de consuelo. Durante las figuras valsadas de la mazurca, dancé largo rato con ella, que, con precipitada respiración, me decía sonriendo: «¡Más!», y yo bailaba y bailaba, sin sentir ya mi cuerpo.

—¡Cómo! ¿No lo sentía usted al enlazarle el talle? Creo que no sólo sentiría usted su cuerpo, sino también el de ella —dijo uno de los oyentes.

Sonrojóse Ivan Vassilievitch y, casi enfadado, exclamó:

—¡Ah! ¡Bien se ve en eso la juventud del día! A excepción del cuerpo, nada veis. No sucedía así en nuestra época. Cuanto más enamorado estaba yo, tanto más inmaterial me parecía ella. Actualmente, veis el pie, el tobillo, etc.; desnudáis a las mujeres amadas. Para mí, en cambio, el objeto de mi amor llevaba siempre vestidos de bronce, como decía Alfonso Karr (que era un buen escritor). No solamente no desnudábamos, sino que, además, como el buen hijo de Noé, procurábamos velar la desnudez... Pero no podéis comprender esto...

—No le haga usted caso... Díganos lo que ocurrió luego —dijo uno de nosotros.

—Pues bien, vedlo aquí: yo bailaba

con ella y no advertía el correr de las horas. Con el ensañamiento del cansancio, los músicos ejecutaban constantemente el mismo motivo de la mazurca, como sabéis que suele suceder al final de un baile. En los salones, los papás y las mamás habíanse apartado ya de las mesas de juego, en espera de la cena. Los criados corrían solícitos trayendo alguna cosa. Eran ya más de las dos de la mañana, y había que aprovechar los últimos momentos para sacarla de nuevo a bailar, y dimos la vuelta a la sala por centésima vez.

—«¿Conque me pertenece el rigodón después de la cena?» le dije, acompañándola a su sitio.—«Desde luego, si no nos marchamos», me respondió sonriendo.—«No lo permitiré»—repuse.—«Déme mi abanico», me dijo.—«Siento devolvérselo tan pronto», repliqué, tendiéndole un abanillo blanco de poco valor.—«En ese caso, para que no lo sienta, tenga usted», me contestó, arrancando una plumita del abano. Cogí la pluma y no pude expresar a Varenka toda mi dicha y todo mi agradecimiento más que con la mirada. No sólo estaba yo contento, sino que me sentía también feliz, bueno. Dejé de ser yo, para tornarme un ente no terrestre, ente inmaterial, desconocedor del mal y apto únicamente para el bien. Guardé la pluma en el

guante y quedéme de pie, sin fuerzas para separarme de Varenka. «Mire usted, piden a mi papá que baile», me dijo, designando la alta y elegante figura de su padre, coronel, con charreteras de plata, que se hallaba en el vano de una puerta, rodeado de señoras.— «Venga usted aquí, Varenka», oímos decir a la aguda voz de la dueña de la casa, la de la diadema de brillantes y el escote al estilo del de la emperatriz Isabel.

Acercóse Varenka a la puerta. Yo la seguí.—«Hija mía, diga a su padre que haga el favor de dar unas vueltas con usted.—Vamos, se lo suplico, Piotr Vladislavovitch,» dijo al coronel la dueña de la casa.

El padre de Varenka era un anciano bello, alto, esbelto, muy bien conservado, de faz colorada, bigotes canos y rizados, a la moda de Nicolás I, con patillas que unían el bigote a los cabellos recogidos contra las sienas; a sus brillantes ojos y a sus labios asomábale la misma alegre sonrisa de la hija. Tenía admirable complexión: pecho ancho abombado como el de los militares, con poco adorno de veneras; hombros salientes, piernas largas, elegantes. Su tipo era el de los antiguos siervos militares de la época de Nicolás.

Al acercarnos a la puerta, resistíase

el coronel, alegando no saber bailar; sin embargo, sonriente, con la mano izquierda sacó del tahalí la espada, la entregó a un joven servicial que a nuestro lado había, y enguantándose luego la diestra, dijo, risueño: «—Hay que hacerlo todo según las reglas», y asiendo de la mano a su hija, dió un cuarto de vuelta y esperó la música.

Al primer compás de la mazurca, golpeó enérgicamente con un pie, avanzó el otro y empezó a mover en derredor del salón su alta figura, ya suave y acompasadamente, ya con ruido, chocando los pies uno contra otro. A su lado volaba la graciosa Varenka, ora alargando los pasos de sus piecitos calzados de raso blanco, ora acortándolos. Todos los concurrentes seguían los movimientos de esa pareja. Yo, no sólo la admiraba, sino que la contemplaba también con entusiasta ternura. Lo que más me enternecía eran las botas. Botas sólidas, pasadas de moda, no puntiagudas, sino botas antiguas de punta cuadrada, sin tacones, fabricadas indudablemente por el zapatero del regimiento. «Por sacar a su hija predilecta—pensaba yo,—por engalanarla, no se compra siquiera calzado de moda, sino que gasta botas sencillas, construídas en el cuartel,» y enternecíame particularmente. aquellas botas cuadradas.

Se conocía que debió de haber bailado perfectamente tiempo atrás; pero estaba ya algo pesado, y sus piernas no eran lo bastante ligeras para los graciosos y rápidos pasos que por marcar se afanaba. Dió, sin embargo, dos vueltas; y cuando, separando velozmente las piernas y volviéndolas luego a juntar, cayó de rodillas, si bien algo pesadamente, y Varenka, arreglándose risueña la falda a que con donaire él se agarraba, volteó en torno suyo, todos aplaudieron estrepitosamente. Levantóse con cierto esfuerzo, el padre, así con ternura y encanto a su hija por las orejas, dióle un beso en la frente y me la trajo, creyendo que yo bailaba con ella. Le dije que no era yo su pareja.— «No importa—me contestó con cariñosa sonrisa, volviendo a ceñirse la espada, — dé usted unas vueltas con ella».

Del mismo modo que, al verterse de una botella una gota, vaciase inmediatamente a grandes oleadas todo lo contenido en aquella, así también mi amor por Varenka libertaba toda la capacidad de amar, encerrada en mi alma. Mi amor abarcaba en aquel momento el universo entero: amaba a la dueña de la casa con su diadema y su escote de emperatriz Isabel; a su marido, a los invitados, a los sirvientes y hasta al ingeniero Anissimoff, que

estaba picado. En cuanto al padre, con las botas de reglamento y la dulce sonrisa, semejante a la de Varenka, inspirábame un sentimiento entusiasta y tierno.

Después de la cena, bailé con ella el rigodón prometido, y aunque era yo infinitamente feliz, mi dicha seguía aumentando. No hablamos en modo alguno de amor. No le pregunté, como tampoco me lo preguntaba a mí mismo, si me amaba ella. Bastábame con amarla. Mi único temor era que cualquier cosa viniera a turbar mi felicidad.

De vuelta a casa me despojé del abrigo. Creía poder dormir; mas pronto me convencí de que esto era completamente imposible. Tenía yo en la mano la pluma del abanico y un guante que me dió Varenka al marcharse, en el momento en que la ayudaba a subir al carruaje, luego de haber ayudado a su madre a hacerlo. Miraba ambos objetos, y, sin cerrar los ojos, veíala ante mí: bien en el instante en que, eligiendo entre los dos caballeros, columbraba ella mi condición, y oía yo la encantadora voz con que al alargarme alegremente la mano, me decía: «¿Nobleza, eh?» o bien la veía durante la cena, bebiendo a sorbitos el champaña y mirándome a hurtadillas con sus cariñosos ojos. Pero, aún más claramente, la veía con su

padre, cuando llena de gracia, daba vueltas en torno de él y con alegría y orgullo, tanto de sí misma como de su padre, miraba a los espectadores maravillados; e involuntariamente, unfa yo a entrambos en un mismo sentimiento afectuoso y tierno.

En aquella época vivía yo con mi difunto hermano. En general, no gustaba a éste la sociedad ni iba a los bailes; y como a la sazón preparaba sus exámenes universitarios, llevaba una vida muy regular. Cuando entré, dormía. Contemplé su cabeza hundida en la almohada y medio tapada por la manta de lana, y le compadecí: le compadecí porque él no conocía, no sentía la dicha que yo experimentaba. Nuestro criado, el siervo Patrocha, que había salido con la vela a mi encuentro, quiso ayudarme a desnudar; pero le eximí de ese trabajo. El aspecto de su rostro soñoliento y de sus cabellos enmarañados antojábaseme conmovedor y digno de lástima. Procurando no producir ruido, entré de puntillas en mi cuarto y me senté en la cama. No; era yo por demás feliz, y no podía dormir. Aparte de esto tenía calor en aquella habitación hartamente caldeada; y sin quitarme el uniforme, pasé silenciosamente al vestíbulo, me puse en él el capote, abrí la puerta de la calle y me fui... Me había retirado

del baile a las cuatro de la mañana; entre llegar a mi casa y estar en ella un rato habían transcurrido dos horas; de manera, que cuando salí, era ya de día. Corría la época de Carnaval; extendíase la niebla; húmeda nieve se derretía por las calles y goteaba de los tejados. Los de B... vivían en el extremo de la ciudad, junto a un gran campo, al fin del cual estaba el paseo público, y por el otro lado, el instituto de muchachas. Atravesé nuestra calle desierta y salí a la principal, en donde ya circulaban peatones y carreteros transportando leña en trineos. Y los caballos, que balanceaban sus cabezas mojadas bajo los arcos brillantes; y los carreteros que, con la espalda cubierta de esteras y calzados con botas enormes, caminaban al lado de sus acémilas; y las casas, que en la niebla parecían altísimas: todo para mí tenía gran encanto e importancia.

Al llegar al campo, cerca del lugar en donde se alzaba su casa, divisé al otro extremo, algo grande y negro, en la dirección del paseo, y oí sonido de flauta y de tambores que de allí procedían. Todo en mi alma cantaba, y de vez en cuando, percibía yo el motivo de la mazurca. Pero lo que acababa de oír era cosa muy diferente, música cruel, mala.

«¿Qué es eso?» pensé. Y tomando por el medio del campo el resbaladizo camino, anduve hacia el sitio de donde partían los sonidos. Después de dar un centenar de pasos por entre la niebla, empecé a distinguir varias personas con vestidos oscuros. Supuse que serían soldados haciendo el ejercicio, y me acerqué más, en compañía de un herrero que llevaba alguna cosa y caminaba delante de mí, con un paletó sucio de piel de carnero, y un mandil.

De pie e inmóviles, en dos filas colocadas frente a frente, había allí soldados con uniformes negros y el fusil a los pies. Tras ellos, varios tambores y una flauta repetían sin cesar la misma pieza, penetrante y desagradable.

—¿Qué hacen?—pregunté al herrero, que se había parado junto a mí.—Azotan a un tártaro, por deserción—respondió malhumorado el artesano, mirando hacia el extremo de la fila. Dirigí la vista al mismo punto, y entre las filas ví algo espantoso que se nos acercaba. Lo que venía era un hombre desnudo hasta la cintura, atado a los fusiles de dos soldados que lo arrastraban. Junto a él marchaba un militar de elevada estatura, con teresiana y capote, cuyo andar no me era desconocido. Temblándole todo el cuerpo, chapoteando con los pies en la nieve derretida, el hom-

bre castigado se aproximaba al sitio en donde yo permanecía, bajo los golpes que sobre él caían a diestro y siniestro. Ora se echaba atrás, y los sargentos que por los fusiles le arrastraban empujábanlo adelante; ora se inclinaba de frente, y en este caso, lo empujaban hacia atrás para no dejarle caer. A su lado, con paso seguro, caminaba el oficial de estatura elevada. Este era el padre de Varenka, el de rostro rubio y patillas y bigotes blancos. A cada golpe, el castigado parecía extrañarse, tornaba la faz crispada por el dolor al sitio de donde le venía el azote, y descubriendo sus blancos dientes, susurraba alguna cosa. No percibí sus palabras hasta que estuvo muy cerca de mí. No hablaba; más bien sollozaba: «¡Apiadaos de mí, hermano! ¡Hermanos, apiadaos de mí!» Pero los hermanos no tenían compasión; y cuando la comitiva llegó precisamente a mi altura, ví al soldado frontero adelantar resueltamente un paso, blandir un palo, haciéndolo silbar en el aire y abatirlo pesadamente contra la espalda del tártaro. Este efectuó un brusco movimiento de avance; mas retúvole el sargento, al tiempo que, de la otra fila, recibía un golpe parecido... Y vuelta a empezar por uno y otro lado...

El coronel seguía andando tras él,

mirando tan pronto al suelo como al afligido; aspirando a plenos pulmones el aire y dejándole salir luego lentamente por los labios.

Cuando el cortejo hubo pasado del lugar en donde yo me hallaba, distinguí entre las hileras de soldados la espalda del prisionero. Era algo como abigarrado, mojado, de un color rojo no natural; no podía yo creer que fuera un cuerpo humano. «¡Oh, gran Dios!» balbucía a mi lado el herrero.

Seguía alejándose la comitiva y de ambos lados continuaban cayendo palos contra el hombre, el cual tropezaba y se torcía, en tanto que silbaba la flauta y los tambores redoblaban. Y, con el mismo paso seguro, no dejaba de avanzar la elegante persona del coronel, al lado del castigado.

De pronto, detúvose el jefe y, acercándose rápidamente a uno de los soldados, le oí decir, con acento de enojo: «¡Ya te enseñaré yo!... Temes tocarle... ¡Ya te enseñaré yo a tí!...» Y vi que con su mano fuerte y enguantada pegaba en el rostro del soldado horrorizado, anémico, y le pegaba por no haber apaleado éste con fuerza bastante la ensangrentada espalda del tártaro.

—¡Vengan varas frescas!—gritó el coronel; y cuando se volvía, me vió. Fingió no conocerme, frunció malamente las

cejas y apartóse presuroso. Yo estaba tan avergonzado que no sabía adonde mirar, cual si me hubieran sorprendido cometiendo una acción reprobable. Bajé la vista y me retiré precipitadamente.

Por todo el camino resonaban en mis oídos, ya los parches, ya la flauta; ahora las palabras; «¡Hermanos, apiadaos de mí!», ahora la voz firme, irritada, del coronel, al gritar: «¡Ya te enseñaré yo a tí! ¡Ya te enseñaré!» Y llenábase de angustia el corazón, angustia casi física, que me producía náuseas, angustia tal, que hube de detenerme varias veces, presto, según me parecía, a vomitar todo el horror que me causara aquel espectáculo. No recuerdo cómo volví a casa y me acosté; pero, apenas me había dormido, cuando de nuevo vi y oí todo, y salté del lecho.

«Indudablemente, él debe de saber algo que yo ignoro», pensé del coronel. «Si supiera lo que él sabe, comprendería lo que he visto y no me horrorizaría». Mas, por mucho que reflexioné, no conseguí comprender lo que el coronel sabía, y no pude dormirme hasta la noche, y esto después de haber ido a casa de un amigo y haberme embriagado de un modo horroroso.

Pues bien, ¿creéis que deduje que lo que había visto era una mala acción? Nada de eso. «Si se hace semejante cosa